



# Autorretrato del racista

Hace un par de meses estuve en el Convento de Santo Domingo de Oaxaca, en una multitudinaria cena donde algunos de los hombres más acaudalados de México pujaban por comprar —a diez mil dólares cada una— los prototipos de una botella de tequila diseñada por Francisco Toledo. Mientras los ricos hacían sonar sus alhajas (y firmaban cheques) en el patio, Toledo los miraba con oblicua y olímpica satisfacción desde una de las terrazas del convento, en la cual se sometía, más modoso que estoico, a una dilatada sesión fotográfica. La causa de la recaudación era, al parecer, una causa justa: conseguir fondos para una escuela en la que, al adiestrar a los jóvenes artesanos en un oficio amenazado por la extinción, se conserve la tradición de las artes textiles indígenas.

A esa clase de empeños debería dedicarse Toledo, millonario que sabe ser un espléndido empresario cultural. Pero en Toledo, por desgracia, el filántropo convive con el racista. Nacido en la Colonia Tabacalera del Distrito Federal e hijo de un comerciante istmeño que le financió sus primeras correrías por los museos europeos, Toledo adoptó, pasados los veinte años, la supuesta identidad y la característica indumentaria de los indios de Juchitán. Muy su derecho. Pero su beligerante indigenismo se manifiesta acompañado del olor azufroso que despiende el converso, convencido de que no hay salvación más allá de su etnia imaginaria.

Debemos agradecerle a Toledo su viñeta en que los teotihuacanos aparecen concurrendo al Wal-Mart sobajados en calidad de simios. Evadiendo toda sutileza y disimulo, Toledo ha expresado el racismo, la xenofobia y hasta el clasismo que se oculta tras la inmaculada reputación de los movimientos contra la globalización. En nombre de una defensa del patrimonio arqueológico —de la que nadie discrepa—, e inspirado por una religiosidad *new age* que nada tiene que ver con las culturas mesoamericanas de las que extrae su prestigio, este

racismo identitario, alquilando las ruinas de la izquierda revolucionaria, se declara enemigo de lo que fue la más elemental de las banderas del socialismo en el siglo XIX: el derecho de las mayorías trabajadoras al bienestar.

Los antiliberales de nuestra época están más cerca de las ideologías tradicionalistas y antiburguesas del pasado —como el fascismo en todas sus variantes— que de la tradición de la izquierda en la que medran. Hoy día estos tradicionalistas ven en la plebea y democrática figura del consumidor una ame-

naza secular, como hace siglos consideraron herética la libertad de conciencia o detestables los derechos electorales universales. Que a los habitantes de San Juan Teotihuacán les urja un supermercado para satisfacer las necesidades a las que tienen derecho como ciudadanos les importa un comino a los racistas: a cambio, ellos les ofrecen la comunión en un altar museográfico donde, en calidad



de virgen vestal de la raza, oficia Francisco Toledo. Si los teotihuacanos de hoy necesitan de un Wal-Mart es porque están enajenados, han descendido a lo infrahumano y sobreviven simiescamente, degradados como malos mexicanos o indios amestizados que han traicionado su identidad, aquella que sólo un iluminado como Toledo, que sabe dónde termina lo profano y dónde comienza lo sagrado, les puede devolver.

El gran pintor ha colocado la capucha infamante del hereje sobre el rostro de los humildes. El anatema está en la tradición de los clérigos mexicanos, entre los cuales los pintores se han destacado como jueces e inquisidores. Sólo me pregunto si Toledo se habría atrevido, él que ha hecho de la zoomorfización la quintaesencia de su arte, a caricaturizar como changos a los millonarios que acudieron, aquella noche en el Convento de Santo Domingo, a financiarle su más reciente obra pía. —

— CHRISTOPHER DOMÍNGUEZ MICHAEL

# ADEMÁS OPINO

Porque más allá de nuestras pasiones, está México, nuestro México, el México profundo, esencial. Y México es sus entrañas, es el corazón que palpita con fuerza en los cimientos de la ciudad sagrada de Teotihuacán. Es ahí donde el engendro angloamericano pretende echar sus raíces. Permitir la edificación de ese templo de la globalización es aceptar para siempre la prostitución, degradación, humillación, vejación, destrucción, miseria, desdicha e infortunio de nuestro pueblo: es haber dicho sí a las formas más demoníacas de la civilización industrial.

Además, opino que hay que respetar los Acuerdos de San Andrés, liberar a todos los zapatistas presos, evitar la masacre en Darfur, apoyar a la insurgencia en Fallujah, enterrar a Arafat en Jerusalén, derribar el muro y todos los muros, decir sí al multiculturalismo, culpar a Theo Van Gogh de su destino, detener el tráfico de diamantes del *Apartheid*, luchar contra la piratería, decir no a la corrupción, hacerle justicia a René Bejarano, organizar una coperacha para Dolores Padierna, exponer el Complot en toda su extensión, limpiar el nombre de López Obrador, admirar la majestuosa obra de ingeniería que es el segundo piso del Periférico, separar la basura, utilizar sólo productos reciclados, rechazar la tiranía de los alimentos transgénicos, defender el maíz, alimentarnos sólo con productos orgánicos, practicar yoga, no cejar en nuestra batalla contra la globalización, evitar comer en McDonald's,

no comprar café en Starbucks, no beber Coca-Cola, no celebrar Halloween, ver a MTV como lo que es: el diablo, y comprar artesanías, rechazar la inversión extranjera, erguir el pecho y salvaguardar nuestra soberanía, decir no a las reformas, tampoco al nuevo aeropuerto, dejarle claro al presidente que México no se vende, traer a casa el penacho de Moctezuma, cantar correctamente el Himno Nacional, cortarle los tentáculos al imperio, salvar al Mosh del olvido, respaldar la Revolución Bolivariana, rezar por la plena recuperación de Fidel, recordar todos los días al Che, apoyar al doctor Simi, ese moderno Robin Hood, rescatar la vaquita marina de la extinción, cancelar para siempre la bárbara costumbre de la tauromaquia, legalizar la marihuana, desear que Cartago nunca hubiera sido destruida, llevar de vuelta a Cuauhtémoc Blanco al América, darle la Selección Mexicana a Hugo, proteger a Tatiana de Andrés Puentes, quemar todos los videos de Michelle Vieth, exonerar, en nuestras conciencias, a Gloria Trevi, y comprender el retiro temporal de Britney Spears, boicotear Big Brother, estar a favor de lo mejor, resolver el misterio del triángulo de las Bermudas, decir no a las drogas, apoyar el Teletón, unirnos a los optimistas, dar un kilo de ayuda, anotar un gol por la educación, hacer nada con exceso y todo con medida, comer frutas y verduras y liberar a Willy. —

— LEÓN KRAUZE

## Preso poético

ES SEGURO QUE PARA LA MAYORÍA DE LOS mexicanos la bandera nacional simboliza cosas distintas de las que propone el poema "La patria entre mierda" del campechano Sergio Witz. Es un hecho, a la vez, que para nadie la bandera o cualquier otro símbolo podría ser un arma contra la libertad de expresión, condición esencial de la democracia, como por lo visto no sobra recordar. El caso es que el poema de Witz, publicado en 2001 por la revista *Criterios*, ha tenido repercusiones inesperadas. Movidos por algo que no parece ser más que un trasnochado patriotismo, tres integrantes de la Asociación Civil "Licenciado Pablo García Montilla" denunciaron la falta que Witz habría cometido (aunque uno de ellos ha declarado que su adhesión obedeció a la insistencia del presidente del grupo y que "no tengo nada contra el poeta"), según ha registrado en *El Universal* el reportero Carlos Avilés. En el campo jurídico, según muestra el propio Avilés, existiría en el fondo de este caso una contradicción: efectivamente en el Código Penal Federal existe el delito de ultraje a las insignias nacionales, pero, como todo mundo sabe, en la Constitución del país se garantiza la libertad de expresión.

El asunto ha tenido más bien escasa resonancia en nuestros

medios (además de la nota referida, hay un artículo sobre él en *La Crónica* escrito por Raúl Trejo Delarbre y otro de Jesús Silva-Herzog Márquez en *Reforma*), pero no ha sido desatendido en el extranjero. *The Washington Post* envió al periodista Kevin Sullivan a Campeche, el pasado octubre. Allí el reportero entrevistó en su casa a Witz (42 años, padre de dos hijos, autor de varios libros y que ha publicado en la serie "Tierra Adentro" del Conaculta) y al militar retirado Abel Santacruz Menchaca, el denunciante. Witz ha pasado más de dos años en un trajín tortuoso que califica de kafkiano y bajo la amenaza de pasar cuatro años en la cárcel.

¿El poema? Witz ha declarado que lo envió por error a la revista que lo reprodujo. Quiso mandar otro y se confundió. A la vez no tiene dudas al decir que el poema "si se somete a un estudio literario se verá que es malo poéticamente hablando..." Pero tampoco vacila cuando afirma que "la libertad de expresión no puede ni debe tener límites; si no estuviéramos en un estado de sitio de la mente". ¿Qué se dice en el breve poema? Van algunas líneas: "Yo / me seco el orín en la bandera / de mi país, / ese trapo / sobre el que se acuestan / los perros / y que nada representa, / salvo tres colores / y un águila / que me producen / un vómito nacionalista..." Su autor sostiene que lo escribió "profundamente decepcionado por los problemas políticos y sociales que agobian al país". —

— FERNANDO MARTÍN